

DON FERNANDO.
¿Eso es estimarme?
DON SEBASTIAN.
Prendas
De tanto valor ¿queréis
Que solo á vuestro deseo
Atentas, Fernando, estén?
¿A vos solo habrá tirado
Dorado arpon, desde aquel
Cielo de Lucrecia, amor?
¿Vos solamente seréis
Quien conquiste su hermosura
Y contraste su desden,
Que á la primer diligencia
Os prometistes vencer?
Yo he hecho lo que he podido,
Y lo que pudiere haré.
Pues dilatar no es negar,
Paciencia, amigo, tened;
Que empresas tan importantes
No se acaban de una vez.

ESCENA VI.

DON FERNANDO.

¿Qué sospechas, qué recelos
Son estos, suerte cruel,
Con que á mi pecho abrasado
Tan dura guerra moveis?
Con tantos y tan urgentes
Indicios de que es infiel
A mi amistad don Rodrigo,
Y que de Lucrecia es
Amante; que con don Diego
Tiene amistad le escuché,
Y desde la Nueva España
Viene dirigido á él.
Visitóle á excusas mías,
Que lo excusó con cuidado;
Que á no recatarse, pues
Era tan recién venido
A Madrid, para saber
Siquiera donde vivía,
Me preguntara por él.
La ocasion desta pendencia
Con don Juan, por celos fué,
Claro está; que él le decía:
«En resolución sabed
Que si vos, como Faeton,
El pensamiento atreveis
Al sol que adoro, esta espada
Un rayo ardiente ha de ser,
Que en vuestras cenizas llueva
Escarmentos otra vez.»
Pues si nació la cuestion
De celos, y don Juan es
De Lucrecia pretendiente,
Lucrecia la causa fué,
Y de don Rodrigo está
Celoso don Juan; que á ser
Yo la causa, se mostrará
Conmigo airado tambien,
Y no dijera á Rodrigo,
Riñendo ahora con él:
«Que si vos, como Faeton,
El pensamiento atreveis
Al sol que adoro...» Demas
Que don Rodrigo, ¿por qué
Me ocultara la ocasion,
Si mi pretension lo es?
Luego deste y los demas
Indicios, y responder
Agora timidamente
A mi intento, bien se ve
Que es amante de Lucrecia
Y es á mi amistad infiel.
Mas ¿cómo puede ser noble
Quien es engañoso, quien
Es ingrato á quien le ha dado

La vida una y otra vez?
¿Vive Dios, si lo averiguo
(Pues para hacerlo he de ser
Argos que imprima los ojos
En las huellas de sus piés),
Que he de quitarle la vida
Que le di, pues á perder
El beneficio condena
A los ingratos la ley.

(Vase.)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VII.

MOTIN, DOÑA ANA, INES.

DOÑA ANA.
¿Dónde tu dueño quedó?
MOTIN.
¿Qué caminas diligente!
En una visita, enfrente
De la Trinidad, entró,
En una casa en que habita
Un don Diego.

DOÑA ANA.
(Ap. ¿Oh santos cielos!
Ya toca en el alma á celos,
De Lucrecia esta visita.)
Pues ¿qué tiene don Rodrigo
Con don Diego?

MOTIN.
Solo sé
Que en su casa le dejé:
Porque pasando un amigo
Por allí, me convidó
Con lugar en la comedia,
Donde dos horas y media
De pasatiempo me dió;
Que por ser ducho en la corte,
Y yo de los mas bisoños,
Fué en el golfo de los moños
Del apardador mi norte.
«¿Veis, dijo, aquella que está
Con el manto de anascote,
Y anda por Madrid al trote,
Ruina del tiempo ya?
Yo la conocí edificio,
Y una moza á quien crió
Y en su niñez la sirvió,
Hoy la tiene en su servicio.
La que ves que con el guante
Vuelto, y los dedos en forma
De luna bicorne, informa
De los riesgos de su amante,
(No puedo tener la risa),
Una vez á verla entré
Muy de mañana, y hallé
Puesta la fénix camisa
Al fuego; y á imitacion
De nuestra madre primera,
Le daba una manta higuera,
Y paraíso un colchon.»
En esto salió á cantar
La música de Vallejo,
Y luego, cada trebejo
Encajado en su lugar,
La comedia se empezó,
Y al punto los mosqueteros
Dieron en decir, «¡sombrosos!»
Y como se descubrió
Todo infante por igual,
Quedó junto y sosegado:
Era un pais empedrado
De cabezas el corral.
La comedia felizmente
Aplaudida, al puerto llega;
Que era de Lope de Vega,
Y el baile de Benavente.
Y dado fin á la historia,

Salió la gente, y salió;
Vine, y conté lo que vi:
Aquí gracia, y despues gloria.

DOÑA ANA.

Ha sido la relacion
Como de tu ingenio agudo.
(Ap. Pero divertir no pudo
Las penas del corazon.)
Vete, y á tu dueño di,
Motin, que al punto me vea.

MOTIN.

Mandalle lo que desea
No es precepto, piedad sí.
¿No me hablas, Ines? ¿Te ha dado
La cadena autoridad,
Presuncion y gravedad?

INES.

Aunque el oro es tan pesado,
Que hacerme grave pudiera,
Nunca lo seré contigo;
Que solo por don Rodrigo,
Cuando por ti no lo hiciera,
Te estimara.

MOTIN.

Bien entiendes
La musa, bien lo rodeas.
¿A mi señor lisonjeas!
¿Otra cadena pretendes?

(Vase.)

ESCENA VIII.

DOÑA ANA, INES.

DOÑA ANA.
¿Ines?
INES.
Señora.
DOÑA ANA.
Yo estoy...
No sé cómo estoy.

INES.
¿De qué?
DOÑA ANA.
Ayer á amar empecé,
Y á tener sospechas hoy.
¿Oh pensiones del amor!

INES.
Pues ¿qué recelas, señora?
DOÑA ANA.
¿No viste que dijo agora
Motin que entró su señor
Esta tarde á visitar
A don Diego?

INES.
Sí.
DOÑA ANA.
¿No es
Padre de Lucrecia?

INES.
Pues
Por eso ¿has de sospechar
Que la adora y te desprecia,
Siendo tan recién venido,
Que apenas habrá tenido
Tiempo de ver á Lucrecia?

DOÑA ANA.
Tiempo ha tenido y lugar.
¿No te acuerdas tú que cuando
Don Rodrigo y don Fernando
Llegaron á este lugar,
Lucrecia estaba conmigo,
Y al partirse la miraron,
Y su buen aire alabaron
Don Fernando y don Rodrigo?

INES.
Es verdad.
DOÑA ANA.
¿No saltó luego

Don Rodrigo, Ines, de aqui
Para su posada?

INES.

Sí.

DOÑA ANA.

Pues si acaso el amor ciego
Hizo allí (pues cada dia
Canta mayores hazañas)
Saetas de las pestañas
Que entre el manto descubria
Lucrecia, y el movimiento
Airoso que la ausentó,
Con los ojos le llevó
A Rodrigo el pensamiento,
¿No pudo seguir su huellas,
Pues ella le estamparia,
Si con amor la seguía,
En las pisadas estrellas?

INES.

Ancho es el campo, señora,
De lo posible; mas dudo,
Puesto que seguiria pudo,
Que lo hiciese quien te adora
Desde el punto que te vió.

DOÑA ANA.

Eso me obliga á pensar
Que es muy fácil de mudar
Quien tan facilmente amó.
Pero mi hermano ha llegado.

ESCENA IX.

DON FERNANDO.—DICHAS.

DON FERNANDO. (Ap.)
Medio no he de perdonar
Con que pueda averiguar
Mi ofensa; que aunque me ha dado
Tanta ocasion don Rodrigo,
Nadie se ha de resolver
Por indicios á creer
Falsedades de un amigo.

DOÑA ANA.

¿Es tiempo de verte, hermano?
DON FERNANDO.
Admirate de que vivo,
Y no de que tardo en verte,
Segun son los males míos.
Déjanos solos, Ines.

INES. (Ap.)

¿Qué es esto? ¿Si habrá sabido
Los amores don Fernando
De su hermana y don Rodrigo? (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA ANA Y DON FERNANDO.

DOÑA ANA.
Ya estamos solos, ya espero
Que tu lengua, hermano mio,
Dé luz á mis confusiones,
Y á tus pesares alivio.

DON FERNANDO.
(Ap. Color daré diferente
A mi intento vengativo,
Porque me diga verdades,
Sin recelarme peligros.)
Yo tengo, querida hermana,
Casi evidentes indicios
Que en los ojos de Lucrecia,
En que yo dos rayos miro
Airados, mira benignas
Por constelacion de Rodrigo.

DOÑA ANA. (Ap.)
¿Ay de mí! No mintió el alma.

DON FERNANDO.
Y si, como yo imagino

En demanda tan dichosa
Partió de los mares indios
A los puertos españoles,
Con don Diego convenido,
Y estimado de Lucrecia;
Aunque su ventura envidio,
Reconozco su razon,
Y haré mal si solicito
Conquistar una enemiga
Y contrastar un amigo
Que por alcanzar su mano
Discurrió tantos caminos,
Tantos trabajos sufrió,
Y venció tantos peligros.
Y así, para resolverme,
Doña Ana, á mudar designios
Y buscar en otros ojos
Fuego que enjugo los míos,
Falta solo reducir
A evidencia los indicios;
Y tu ingenio y discrecion,
Hermana, han de ser el hilo
Que saque á luz mi cuidado
Deste ciego laberinto.
Tú has de verte con Lucrecia,
Y tú de sus labios mismos,
Con industria al disimulo,
Y con cautela al descuido,
Has de saber si son sombras
O verdades las que he visto.

DOÑA ANA.

De mi tus intentos fia,
Que me tocan como míos.

DON FERNANDO.

Otra vez te advierto, hermana,
Que con tan sutil estilo
Te informes, que ni Lucrecia
Entienda ni don Rodrigo
Que tú inquietas cuidadosa,
Ni yo celoso averiguo. (Vase.)

ESCENA XI.

DOÑA ANA.

¿Quién pensara que la nave
Que por los azules vidrios
Del mar, exhalado leño,
Cuando en los pardos vagios
Rompe la enebada quilla,
Halle en los escollos mismos,
Para vencillos más fuerzas,
Y más alas para huirlos?
Dudando si me igualaba
En calidad don Rodrigo,
El golfo de amor corria
Mi esperanza; y cuando miro
Agravios en que padece
Naufragio el intento mio,
En ellos mismos ha hallado
Mi amor nuevos incentivos,
Nuevas alas mi deseo,
Más fuerza mis desvarios,
Más resolución mis dudas,
Y mi aficion más motivos.
Porque si, como sospecha
Don Fernando y yo colijo,
Don Diego, que es tan prudente,
Tan principal y tan rico,
Ha estimado por esposo
De su hija á don Rodrigo,
Y le llama (cuando tantos
Caballeros conocidos
En España la desean)
Desde los remotos indios
Para hacerle más dichoso,
Por conocerle más digno;
Y ella lo prefiere á tantos
Más galanes que Narciso,
Más que París principales
Y más que Piramo finos,

Que la obligan á cuidados
Y la acusan á suspiros;
Claro está que la merece,
Claro está. Pues si conmigo
Pudieron tanto sus partes,
Cuando por no haber sabido
Su calidad me debiera
Reprimir, que el amor mio
Volaba ligero, como
Tal vez el neblí castizo,
Sin que estorben las pihuelas
De los piés á los cuchillos
De las alas, hasta el sol
Remonta el vuelo si ha visto
En la corona del viento
El pájaro fugitivo;
¿Qué será cuando esta duda
No enfrena mis desvarios?
¿Qué será cuando conozco
Lo que pierdo? Cuando invidio
Lo que mi enemiga alcanza?
Cuando agravada me incito,
Declarada me avergüenzo,
Engañada desconfío,
Enamorada me abraso
Y celosa desatino?

ESCENA XII.

DON SEBASTIAN.—DOÑA ANA.

DON SEBASTIAN.
A obedecerte, señora,
Vengo turbado.

DOÑA ANA.

¿De qué?

DON SEBASTIAN.

Como sabes de mi fe
La verdad con que te adora,
Haberle mandado agora
A quien su cuidado emplea
Solo en verte, que te vea,
Me ha causado confusion;
Que á nadie sin ocasion
Le mandan lo que desea.

DOÑA ANA.

(Ap. ¿Ah falso! Ocultar intento,
Para averiguar mi agravio,
En la lisonja del labio
Del corazon el tormento.)
Rodrigo, mi mandamiento
Fué de mi amor diligencia,
Que no pudo mi paciencia
Fiarla de tu cuidado.
Dime, dime, ¿en qué has gastado
Tan largas horas de ausencia?

DON SEBASTIAN.

De mi posada sali
A las dos; que tú, que diste
Luz á mis ojos, me viste.

DOÑA ANA.

No pregunto lo que vi.
DON SEBASTIAN.

Lo demas escucha.
DOÑA ANA.

Di.
(Ap. Si se recata conmigo,
Y me oculta don Rodrigo
Que á don Diego visitó,
Es cierto que me ofendió.)

DON SEBASTIAN.

Fuí á visitar un amigo.
DOÑA ANA.

¿Dónde vive?
DON SEBASTIAN.
Vive enfrente
De la Trinidad.

DOÑA ANA.
(Ap. ¡Ah cielos!
Ya el incendio de mis celos
Mitiga la furia ardiente,
Pues confiesa fácilmente.)
¿Cómo es su nombre?
DON SEBASTIAN.
Don Diego
De Mendoza.
DOÑA ANA.
(Ap. Más sosiego
Voy cobrando.) ¿Y á qué hora
Le dejaste?
DON SEBASTIAN.
Eran, señora,
Las cuatro.
DOÑA ANA.
(Ap. Ya crece el fuego.)
Estando ausente de mí,
¿Dos horas con él gastaste?
Mucho te importó.
DON SEBASTIAN.
Eso baste
Para disculpa: sali
De su casa...
DOÑA ANA.
Ten ahí;
No salgas tan presto, no;
Que no es bien que pase yo
Tan apriesa del lugar
Donde á quien adoro, estar
Tan de espacio le importó.
(Ap. Suspenso y descolorido
Ha quedado: ya ¿qué espero?
Recelo fué verdadero
El que mi hermano ha tenido,
De que llamado ha venido
A ser de Lucrecia esposo.)
Responde.
DON SEBASTIAN.
Impulso piadoso
Me trajo de mi destino,
Que en tus ojos me previno
Estado tan venturoso.
DOÑA ANA.
Claro está que has de dorar
Con lisonjas mis agravios;
Que mentir saben los labios,
Si el pecho sabe engañar;
Mas si me quieres dejar
Satisfecha, haz una cosa.
DON SEBASTIAN.
Ninguna hay dificultosa.
DOÑA ANA.
(Ap. Probarle quiero.) ¿Has de ser
Mi esposo?
DON SEBASTIAN.
¿Puedo tener
Suerte yo mas venturosa?
DOÑA ANA.
Pues dame la mano.
DON SEBASTIAN. (Ap.)
¡Ah cielos!
Me dijo: «no os empeñéis,
Con misteriosos recelos;
Y doña Ana Vasconcelos
Se resuelve á ser mi esposa
Tan fácil y presurosa
Sin saber quién soy; amor,
Mirad que puede el honor
Hallar la espina en la rosa.
DOÑA ANA.
¿Qué dudas? ¿Qué te suspendes?
Mira, traidor, si has mentido,
Pues no admites ofrecido.
Lo que dices que pretendes.

DON SEBASTIAN.
Porque tu valor ofendes,
Confuso, doña Ana, estoy,
Y crédito no le doy
A tu arrojada fineza,
Pues me ofreces tu belleza
Antes de saber quien soy.
DOÑA ANA.
¿Cuando te ofrezco la mano
Culpas, falso don Rodrigo,
La fineza en que te obligo
De arrojamiento liviano?
DON SEBASTIAN.
Yo, mi bien, debo á tu hermano
La vida, y no he de agraviar
Su amistad; que aunque en amar
Y servir, sin que lo entienda
Don Fernando, no le ofenda,
Le ofendiera en alzar.
DOÑA ANA.
Basta: probar he querido
Tus intentos; que no fuera
Yo tan fácil, que te diera,
Sin haberte conocido,
La mano. Ya, fementido,
De tu sangre y lealtad;
He visto aquí la verdad;
Porque ni puede quien siente
De amor, mentir, ni quien miente
Puede tener calidad.
DON SEBASTIAN
Oye.
DOÑA ANA.
Véte; que de hoy más,
Primer que los oídos
A tus halagos fingidos
Aplique, del sol verás
Volver la carrera atras.
DON SEBASTIAN
Solo siento de tu engaño
Tu enojo, que no mi daño;
Porque mi fe me asegura
Que lo que el engaño jura
Quebrantará el desengaño.
(Vase.)
Cuarto destinado á don Antonio en casa de
don Diego.
ESCENA XIII.
DON ANTONIO Y DON DIEGO.
DON DIEGO.
En este corto aposento,
Que sale á esa galería,
Tendréis, mientras pasa el día,
Recatado alojamiento.
DON ANTONIO.
Vos sois mi amigo, y trazar
Tan bien como yo sabréis,
Pues mi intento conocéis
Lo que me puede importar.
DON DIEGO.
Fiarlo podeis de mí,
Don Antonio. Mas ya espero
A don Sebastian, y quiero
Porque pueda entrar aquí
A verse con vos á solas
Sin dar sospechas, salir
A aguardarle.
(Vase.)
ESCENA XIV.
DON ANTONIO.
Puedo vivir
He podido entre las olas
Del cuidado y el tormento,

Tened valor, corazón,
Para que en esta ocasion
No os dé la muerte el contento
De ver tras tanta tormenta
El puerto de mi esperanza,
El plazo de mi venganza
Y el término de mi afrenta.

ESCENA XV.

DON SEBASTIAN Y DON DIEGO.
DON ANTONIO.
DON DIEGO.

Veisle aquí.

DON SEBASTIAN.
Gracias á Dios
Que tal bien llevo á alcanzar.

DON DIEGO.
Yo os guardo la puerta; hablar
Podeis seguros los dos.
(Vase.)

ESCENA XVI.

DON ANTONIO, DON SEBASTIAN.

DON SEBASTIAN.
Padre y señor, esa mano
Me dad á besar.

DON ANTONIO.
Tenéis; (Abrazale.)
Que si bien á mis deseos
Los brazos resisto en vano,
Forzoso afecto de amor,
Pero ni habeis de besar
La mano, ni habeis de dar
Nombre de padre y señor
Antes que me hayais oído
El fin con que os he llamado;
Porque en sabiendo mi estado
No os halleis arrepentido.

DON SEBASTIAN.
Decid, señor, y pensad
Que las amenazas son
Tan grandes, que el corazón
No teme el golpe.

DON ANTONIO.
Escuchad:
En la ciudad populosa
Que del lusitano reino
Es corona, cuyos pies
Besa el caudaloso Tejo,
Segó la enemiga parca,
Como os escribí, los cuellos,
En su juventud florida,
A uno y otro hermano vuestro.
Ellos por siempre perdidos,
Vos de cobraros tan lejos,
Quedé como no sabré;
Sebastian, encarecerlo;
Mas ¡ay de mí! que el dolor
Deste daño fué pequeño
Si lo comparo al que hallé
Donde buscaba el remedio;
Que en traerlos á mis ojos
Libraba todo el consuelo
De mi senectud caduca;
Y prevenido y atento
A daros feliz estado,
Codicioso y satisfecho
De la hacienda y hermosura,
Calidad y entendimiento,
Honestidad y opinion
De doña Ana Vasconcelos,
Una portuguesa dama,
Milagro de nuestros tiempos;
Quise teneros con ella
Concertado casamiento,
Temeroso de perder
La ocasion de tal empleo,

Si hasta veros en España,
Dilataba el proponerlo.
Y así, Sebastian, un día,
El más triste y más funesto
Que dió á mis prolijos años
La carrera de los celos,
A don Fernando, que solo
Era hermano y era dueño
De doña Ana, le propuse.
Por mi desdicha, mi intento.
Escuchóme con desden,
Respondióme con desprecio,
Y resolvióme, soberbio,
A replicarme de modo
Que fué entre los dos creciendo
De las pesadas razones
De lance en lance el empeño,
Hasta que... Mas pronunciallo
No podré; que el sentimiento
Pone á la garganta un nudo
Porque no salga del pecho
La voz á decir mi agravio;
Y el corazón, con recelo
De que la vida no os baste
A resistir tanto fuego,
En lágrimas anticipa
El reparo del incendio.

DON SEBASTIAN.
Acabad ya, ejecutad
De una vez el golpe fiero;
Que dar á pausas la muerte
Es más tirano tormento.

DON ANTONIO.
En presencia de testigos,
Que á las voces ocurrieron,
En la nieve destas canas
Imprimió los cinco dedos...

DON SEBASTIAN.
¡Válgame Dios!

DON ANTONIO.
Que dió espuelas
Sin duda á su atrevimiento
Mi ancianidad, que pensé
Que le sirviera de freno.
No pude vengarme allí;
Que de mas de que no tengo
Fuerza, aunque tenga valor,
Para esgrimir el acero,
Quedé, con el mismo agravio,
Tan atónito y suspenso
Y tan sin mí, como queda
Aquel á quien dió primero
El golpe del rayo asombros,
Que avisos la voz del trueno.
Entonces pues fué forzoso,
Si desdichado remedio,
Que se olvidase mi afrenta
Con mi ausencia y con el tiempo.
Salgo oculto de Lisboa,
Y mudado el nombre, vengo
A Madrid, que en su grandeza
Y su confusion espero
No divertir mis pesares,
Pero vivir más secreto;
Y movido de que estaba
En esta corte don Diego
De Mendoza, de quien solo
Pude fiar mis intentos,
Porque mi afrenta sabia,
Y por ser tan verdadero
Amigo, que á mi enemigo
Mil veces hubiera muerto
Si fuera, como vengarme,
Desagraviarme el hacerlo;
Dos años estuve oculto,
Con esperanza de veros,
En una posada humilde;
Cuando mi destino, atento
A renovar mis pesares,

Como si mi agravio mesmo
No contase de los días
Los instantes á recuerdos,
Trajo á Madrid, á mis ojos,
A mi ofensor: ved ¡qué efeto
De su presencia esperaba,
Si de su memoria muero!
Por esto, y por ocultarme
Más y tenerle más lejos,
Me fui á un lugar que en Asturias
Rinde tributo á don Diego.
Estos son, don Sebastian,
Mis casos; mirad con esto
Si con razon os impido
Que señor y padre vuestro
Me llameis, y que en mi mano
Pongais los labios; que puesto
Que yo honrado os engendré,
Y deshonrado me veo,
Hoy no soy el que era entonces;
Y así, hasta volver á serlo,
Ni podeis llamarme padre,
Ni llamaros hijo puedo.
A vos en mi os afrentó
Don Fernando Vasconcelos,
Y así os toca el desagravio;
Que vos érades yo mesmo,
Por la representacion
Legítima del derecho,
Pues érades hijo mio
Cuando este agravio me hicieron.
Y como cuando recibe
El rostro la afrenta, el duelo
No obliga á que el mismo rostro
Mueva el vengativo acero,
Sino el brazo, que es la parte
Del hombre que puede hacerlo,
Y la venganza del brazo
Deja el rostro satisfecho;
Así pues del hijo y padre
Forma la ley un compuesto:
Cuando el padre está incapaz
De vengarse, es deste cuerpo
El rostro, y el brazo el hijo
Que puede satisfacerlo.
Con esto adios, y á mis ojos
No volvais; que ni he de veros,
Ni vos á mí, hasta que hayais
Cobrado el honor, supuesto
Que mientras no le cobreis
Para vergüenza nos veremos
El uno al otro: yo á vos,
Don Sebastian, por haberos
Deshonrado; y vos á mí,
Por no haberme satisfecho.
(Vase.)

ESCENA XVII.

DON SEBASTIAN.

Que el mismo que me quitó
El honor es á quien debo
Después dos veces la vida,
Y es mi amigo el más estrecho,
Y es hermano del hermoso
Centro de mis pensamientos,
De quien me obligan favores
Y me aprisionan deseos,
Y me alientan esperanzas
De ser su esposo! ¿Son estos
Delirios de la fortuna,
Que dispensa los efetos
Sin atender á las causas,
O son del cielo misterios,
Que á venganza tan forzosa
Le previno impedimentos
Tan forzosos, pues parece
Que con atencion ha hecho
Que deba la vida á quien
La vida quitalla debo,
Y que á verme haya traído,
Y á adorar los ojos bellos,

Y á merecer los favores
De su hermosa hermana, el mesmo
Que arrogante y presumido
Desdeñó mi parentesco,
Y que la mano me ofrezca
La misma que á mi desprecio
Y al agravio de mi padre
Dió ocasion? ¡Válgame el cielo!
¿Qué encuentro de obligaciones
Y qué confusion de encuentros!
No puedo cobrar mi honor
Sin darme muerte, ni puedo
Matalle sin ser ingrato,
Delito el más torpe y feo,
El más detestable y más
Indigno de nobles pechos;
Ni sin perder á doña Ana,
Y la vida si la pierdo.
Si porque me dió mi padre
Una vez la vida, tengo
De vengar en don Fernando
El agravio que le ha hecho;
Don Fernando, no es mi padre
Dos veces, pues es lo mesmo
Librar de muerte que dar
La vida? Pues ¿cómo puedo
Matalle? y ¿cómo podré
Ay de mí! dejar de hacerlo,
Si para cobrar mi honor
No enseña el mundo otro medio,
Y los que saben mi afrenta
Han de pensar que le dejo
De matar de cobardía,
Y no de agradecimiento?
¡Oh sagrado cielo! Vos,
Que por pasos tan inciertos
Y tan ignoradas sendas
Habeis engolfado el leno
De mi vida en este abismo
De encontrados pensamientos,
En tan tenebrosa y triste
Noche, le enseñad el puerto,
Pues combatido le veis
De tan contrarios afectos,
Que obligado me reporto,
Agravado me enfurezco,
Me reprimo enamorado,
Afrentado me avergüenzo,
Honrado me precipito,
Y agravado me refreno.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Diego.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUCRECIA Y JUANA.

DOÑA LUCRECIA.
¿Dices que Ines te contó
Que al punto que don Rodrigo,
Aquel forastero amigo
De don Fernando, llegó,
Puso en doña Ana el cuidado,
Y ella en él; y que está agora
Celosa de que me adora,
Por saber que ha visitado
En mi casa?
JUANA.
Así lo dijo.
DOÑA LUCRECIA.
Pues ¿cómo en ofensa mia
Don Juan de Lara porfia
En servirla? Yo colijo
Que sus favores alcanza,
Porque no hay tan nuevo amor,
Que aliente contra un rigor
Declarado, la esperanza.